



ARTÍCULO DE REVISIÓN

Los sacrificios humanos entre los aztecas. Un contexto de poder, mito y religión



H.L. Ocaña-Servín^{a,b,*}, H.M. Tlatoa-Ramírez^a, J. Jaimes-García^c,
M.A. Karam-Calderón^c, A. García-Rillo^b, M.E. Arceo-Guzman^b y M.L. Pimentel-Ramírez^b

^a Centro de Medicina de la Actividad Física y el Deporte (CEMAFYD), Facultad de Medicina, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, Estado de México, México

^b Cuerpo Académico de Humanidades Médicas. Facultad de Medicina. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, Estado de México, México

^c Facultad de Medicina. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, Estado de México, México

Recibido el 15 de junio de 2015; aceptado el 18 de junio de 2015

Disponible en Internet el 17 de agosto de 2015

PALABRAS CLAVE

Historia;
Sacrificio humano;
Ritual

KEYWORDS

History;
Human sacrifice;
Ritual

Resumen Los sacrificios humanos por extracción del corazón han representado un punto importante en el debate científico, en especial en cuanto a la técnica se refiere; sin embargo, no se puede tocar el tema sin mencionar los rituales y otros elementos a su alrededor que les imprimían un proceso eminentemente simbólico, por lo que el objetivo del presente trabajo es presentar los aspectos rituales que se veían inmersos en el proceso sacrificial.

© 2015 Universidad Autónoma del Estado de México. Publicado por Masson Doyma México S.A. Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Human sacrifice among the Aztecs. A context of power, myth and religion

Abstract Human sacrifices by heart extraction are currently an important issue for debate, especially in relation to the technique. However, there are additional considerations that give them a pre-eminent symbolic context, especially the rituals. The aim of the present work was to review the ritual aspects immersed in the sacrificial process.

© 2015 Universidad Autónoma del Estado de México. Published by Masson Doyma México S.A. This is an open access article under the CC BY-NC-ND license (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Introducción

En el México prehispánico, y en particular entre los aztecas, se practicaban 3 clases de rituales sangrientos relacionados con la persona: el autosacrificio o rituales de efusiones de sangre, los rituales asociados a las guerras y los sacrificios

* Autor para correspondencia. Centro de Medicina de la Actividad Física y el Deporte. Av. Eduardo Monroy Cárdenas s/n. Col. San Buenaventura, Toluca, México. CP 50110.

Correo electrónico: hectorl.ocana@gmail.com
(H.L. Ocaña-Servín).

<http://dx.doi.org/10.1016/j.mei.2015.06.004>

2214-3106/© 2015 Universidad Autónoma del Estado de México. Publicado por Masson Doyma México S.A. Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

agrarios. No consideraron al sacrificio humano como una categoría específica, sino que formaban parte importante del algún determinado ritual¹. Los sacrificios humanos se llevaban a cabo en especial en las épocas de fiestas en un calendario de 18 meses, cada mes con 20 días, y correspondían a una determinada divinidad. El ritual tenía como función la introducción del hombre en lo sagrado y servía para darle a conocer su introducción en un mundo diferente como lo sería el correspondiente al cielo o al inframundo, y para ello era necesario tener un recinto y tener un ritual².

Los recintos utilizados presentaban diversas características, desde un escenario natural en un monte o cerro, un bosque, un río, una laguna o un cenote (caso de las mayas), o eran recintos creados para ello como templos y pirámides^{3,4}. En el caso de los mexicas o aztecas ya ubicados en la ciudad de Tenochtitlan, tenían un Templo Mayor, el *Macuilcalli* o *Macuilquiahuitl* (lugar de las 5 casas o lugar de las 5 lluvias) en donde se sacrificaban los espías de ciudades enemigas, el *Tzompantli* (fila o hilera de cabezas) en donde se ensartaba la cabeza de la víctima sacrificada en una estaca de madera, el *Teutlalpan* o *Teotlalpan* (lugar del juego de pelota), el Coacalco, considerado como un lugar donde se podía tener a dioses hechos prisioneros, o el *Cuauhxicalco* otro recinto cercano al Templo del Sol y que se utilizaba para quemar o preparar a cautivos antes de ser sacrificados^{5,6}.

En el caso del autosacrificio el ritual se iniciaba con una penitencia que asociaba varias clases de mortificaciones: ayuno, abstinencia sexual, reclusión, vigilia y efusiones de sangre. Se comía solamente determinados platillos hechos para esa ocasión. La toma de tabaco, fumado o tragado crudo mezclado con cal, era un acompañante de esta parte del ritual de la penitencia. Un fuego alumbrado debía arder durante la totalidad de este período⁷. En el caso del rey este período de penitencia era previo a su instalación en el poder, y se repetía en compañía de guerreros y sacerdotes en las fiestas anuales y antes de las guerras, para ser favorecido por sus dioses. La gente común también practicaba abstinencia y mortificación sobre todo antes de las fiestas del dios *Huitzilopochtli*. En el caso de los rituales con sacrificio humano, no se realizaban sin que el sacrificante o sacerdote hubiera sufrido previamente una mortificación. Es probable, como mencionan algunos autores, que el corazón del sacrificado representara el corazón del pueblo o del rey en ofrecimiento a sus dioses⁸.

En los rituales de guerra participaban no solo los propios guerreros, sino también sus mujeres y los sacerdotes, los primeros prisioneros eran sacrificados en campo y los restantes eran llevados a la ciudad de Tenochtitlan, y para recibirlos el rey y los guerreros se sangraban. En el caso de los sacrificios agrarios, existía un sacrificante (el campesino), una víctima (hombre, mujer, niño) y una deidad. La víctima era vestida como el dios y era sacrificada en el ritual y después enterrada, consumida o incinerada. Las ceremonias eran relacionadas con la agricultura y representaban a deidades del sol, la tierra, la fertilidad, el agua, el maíz y seguían un determinado orden de calendario anual y así mediante una clase de «tratado», por un acto mágico de reciprocidad el hombre entregaba su dolor y su cuerpo a las deidades para conseguir agua, lluvia, maíz y crecimiento de las plantas⁹.

El ritual era muy importante, porque de no hacerlo se profanaban estos recintos sagrados y no le era posible al

ser humano penetrar en el mundo de los dioses. El ritual también era practicado por todos los participantes porque era necesario encontrarse «puro», es decir haber dejado toda falta, y para ello se requería hacer ofrendas a los dioses, abstinencia sexual y practicar en algunos casos un autosacrificio consistente en infligirse dolor a sí mismo y en dar sangre para el sustento de los dioses. Por lo general la sangre era derramada en los *cúes* (adoratorios) de día o de noche, y delante de estatuas de dioses y demonios, en ocasiones se hacían sangrar la lengua a través de navajas y se introducían pajas gruesas de heno, también se obtenía sangre de brazos, piernas y si no existían *cúes* se podía derramar la sangre en una cueva o en un monte. Había celebraciones en las que los hombres derramaban sangre 5 días previos a la fiesta principal y con la sangre se untaban el rostro o se pintaban rayas¹⁰.

En fiestas muy especiales como la de *Etzalqualiztli* (la tercera fiesta del dios *Tlaloc* en el sexto mes del calendario azteca), antes del amanecer hombres y mujeres desnudos se dirigían a donde estaban puntas de maguey que un día antes habían cortado y se cortaban orejas y brazos para ensangrentar las puntas y también sus rostros e iniciaban la ceremonia. En la fiesta de *Quecholli* (nombre de origen maya que indica familiaridad, hogar), el ritual era la obtención de la sangre solo de las orejas. En la fiesta de *Panquetzaliztli* (levantamiento de banderas) se honraba al dios principal que era *Huitzilopochtli*, se cortaban las orejas, ensangrentaban 4 puntas de maguey, 2 eran ofrecidas al dios, una se tiraba al agua y la otra se clavaba en la orilla del agua. El historiador León-Portilla menciona que se llegaban a atravesar con las agujas y varas cualquier parte del cuerpo y si había varas muy ensangrentadas se barrían al día siguiente en la casa del dios o en el camino hacia la casa del dios¹¹.

Es importante mencionar que los rituales acompañados de sacrificio no fueron exclusivos de Mesoamérica, existen testimonios de su práctica en China, en Grecia, en el continente africano; aun en el siglo XIX los ingleses reportaron que un grupo étnico del norte de la India, los *thugs* tenían la costumbre de estrangular en forma ritual a los viajeros que transitaban por sus tierras, y de esa forma los transformaban en víctimas para su diosa. El acto de sacrificar deriva de un verbo en latín que indica «hacer sagrado» y en Mesoamérica estuvo muy relacionado con las guerras, que tenían como objetivo además de la dominación del pueblo, la obtención de víctimas para «sacrificarlos» a sus dioses. Los cautivos en el caso de los aztecas eran conducidos a su ciudad México-Tenochtitlan, donde desfilaban frente al *tlatoani* o rey y frente a la estatuas de las deidades principales y eran prisioneros en las casas de los guerreros, en donde ayunaban y a veces bailaban con sus captores, y al día siguiente el cautivo era conducido por su propia voluntad o por la fuerza hasta la cima de una pirámide o un monte, en donde se realizaba el sacrificio. Los sacrificados eran muy variados: hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, nobles, hombres comunes, extranjeros, etc. En general las víctimas, pertenecían a 2 grandes categorías: los que servían para alimentar a los dioses y los que cumplían el papel de «representantes» de los dioses, como en el caso del mito de la Guerra Sagrada para alimentar al Sol y la Tierra, niños representaban a los *tlaloques* o pequeños dioses de la lluvia, jóvenes representaban a *Huitzilopochtli* o a *Tezcatlipoca*, mujeres representaban a diosas del maíz, ancianas o mujeres maduras representaban

a la Tierra y ancianos representaban al inframundo y de esa manera se rendía culto a la estatua del dios o a su representante vivo en la tierra con lo que el dios era «vivificado». Se pensaba que el sacrificio purificaba al que lo ofrecía, y podía alargar su vida para que alcanzara después de muerto un más allá feliz en la Morada del Sol¹².

Materiales y métodos

Recopilación de hechos históricos para entender desde el punto de vista médico el ritual del sacrificio humano y el rito de expiación y la participación del médico o médica en muchos de los rituales.

Resultados

El sacrificado también debía de pasar por un ritual de preparación que le permitiera entrar en contacto con lo sagrado. En primer lugar, el esclavo o la persona que iba a ser sacrificada pasaba de un *Tlacotli* (esclavo) a *Tlaltilli* (esclavo bañado) y el dueño del esclavo se denominaba para la fiesta como *Tealtiani* (el que se ha bañado), el baño era con agua caliente y con algunas esencias. Después venía la danza en donde se distinguían 2 tipos de baile: el *macehualiztli* (baile del merecimiento) para diferenciarla del baile popular que se llamaba *netotiliztli*. El otro ritual de danza era el *mitotiliztli* (danza solar o danza cósmica) en el que el baile estaba enfocado al dios sol. Una vez que el sacrificado pasaba los actos de purificación, tenía que llegar alegre al momento del sacrificio, para ello se le proporcionaban mujeres para su desgaste físico o se le daban bebidas embriagantes o alucinógenos en forma de bebidas o de comida. El otro elemento del ritual era la música, ya que durante toda la fiesta había ritmos continuos, persistentes, armónicos con trompetas y tambores como soporte melódico para crear un ambiente especial en la población y en la víctima para que el ritual se llevara cabo en toda su solemnidad¹³.

El sacrificio era la esencia del rito de expiación, que consistía en la muerte del sujeto con la finalidad de liberar la energía necesaria y conservar el equilibrio y armonía en el cosmos. Se colocaba el cuerpo extendido de la víctima sobre una piedra cuya punta había sido redondeada; 4 sacerdotes lo mantenían sujeto de brazos y piernas, y a veces un quinto sacerdote le tomaba de la garganta. A los sacerdotes se les denominaba *Chachamelca* que indica ministro o sacerdote de cosa divina; el tener este privilegio se heredaba de padres a hijos. El quinto o sexto sacerdote era el más importante y era el pontífice o supremo sacerdote, el cual portaba un gran cuchillo de pedernal muy agudo y ancho, mientras el mismo u otro llevaba una collera de palo labrada con la figura de una culebra. Se ponían frente al ídolo, hacían una inclinación y se situaban junto a la piedra puntiaguda que era tan alta que llegaba a la cintura, tan puntiaguda que doblaba al sujeto que iba a ser sacrificado para favorecer el que al dejar caer el cuchillo se abriera el tórax del sacrificado como en el caso de una granada. El sumo sacerdote le abría el pecho, le sacaba el corazón arrancándolo con las manos y lo mostraba al sol y luego se volvía al ídolo y se lo arrojaba al rostro. El cadáver era tomado por los *quaquacuiltin* (ancianos sacerdotes), ya que no podía ser tomado por otras manos, era descuartizado y en ocasiones repartido entre los comensales para comer, lo que formaba parte de determinados

rituales o fiestas; en otras ocasiones la cabeza se ensartaba en el *Tzompantli* y el resto, incluyendo el corazón, era arrojado a las aguas o bien enterrado, o bien colocado en un recipiente especial denominado *cuauhxicalli* (vasija de las águilas)¹⁴.

En algunas ocasiones después del sacrificio existía un combate simulado llamado por los españoles «sacrificio gladiatorio», en el que los cautivos eran amarrados a una gran piedra redonda llamada *temalacatl*, situada al pie de la pirámide y se le armaba con macanas o cuchillos falsos y combatía contra guerreros bien armados; al morir el cautivo, el sacerdote extraía su corazón, o moría a causa de flechas disparadas por guerreros. Si se llegaban a guardar los huesos de cráneo y miembros, se forraban y se les llamaba *maltéotl* (dios cautivo), a la muerte del guerrero se le incineraba junto con los huesos de sus cautivos¹⁵. Dos palabras en náhuatl calificaban la relación entre el hombre y las deidades de la naturaleza: *macehua* (conseguir) e *ixtlahua* (pagar). La primera designaba todas las prácticas de penitencia e incluía la vigilia, la abstinencia sexual y las efusiones de sangre, y la segunda *nextlahualli* (pago) era propiamente el sacrificio; se puede así dilucidar que el hombre pagaba su subsistencia a los dioses no con su propio cuerpo sino con el cuerpo de otro hombre, por eso la guerra era la que proveía el mayor número de víctimas y el guerrero vencedor se vestía de yeso y plumas como su prisionero y su familia lo lloraba como si fuese la víctima y si el cuerpo era destinado a ser comido, el guerrero no comía, porque era imposible que comiera su propia carne¹⁵.

En resumen, las víctimas del sacrificio solían tener uno de 2 significados principales. Por un lado, las *nextlahualtin* (restituciones) en que los individuos eran un medio de pago y daban el alimento más preciado en retribución a la divinidad. Por otro lado, estaban las *teteo imixiptlahuan* (imágenes de los dioses) que eran sujetos poseídos por la divinidad para recibir la muerte en el sacrificio, y representaban la muerte que sufrió el dios al inicio de los tiempos; así la divinidad desgastada, sucumbía al filo del cuchillo pedernal, viajaba a la región de los muertos y recuperaba allí sus fuerzas para volver a nacer. En general, los rituales tenían una amplia gama de víctimas, ya estaba estipulado con rigor el origen, el sexo, la edad y la condición de quienes habrían de morir. Por ejemplo una vez al año una mujer de familia noble era sacrificada en la festividad agrícola más importante. Los niños con 2 remolinos en la cabeza eran ofrecidos por sus propios padres a los dioses de la lluvia, los albinos eran ofrecidos por sus padres al dios sol en los eclipses y los enanos y jorobados eran sacrificados cuando moría un rey para que le sirvieran en el más allá. También existían voluntarios como era el caso de sacerdotes, de músicos y de prostitutas. Y otro grupo numeroso eran los esclavos que eran tratados como sirvientes domésticos y podían obtener su libertad mediante pagos o podían ser vendidos si se comportaban mal a los comerciantes, o eran sacrificados en alguno de los rituales. Según la ceremonia, la liturgia determinaba la forma de morir y el destino del cadáver. También existían además rituales destinados a restablecer la seguridad y el orden perdidos durante enfermedades, sequías, inundaciones y hambrunas⁸⁻¹⁵.

En todas las ceremonias, las víctimas destinadas al sacrificio debían portar los atributos de la divinidad a la que se rendía culto. La manipulación adecuada del ritual era

indispensable para continuar la vida y existía una analogía muy especial en los objetos que se presentaban como ofrendas así como en el sujeto que era sacrificado. Visto así, los sacrificios humanos tienen una lógica interna en la que los habitantes de Mesoamérica, ante la imposibilidad de establecer una comunicación «normal» con las fuerzas de la naturaleza, trataban de ejercer influencia sobre ellas con un esquema de interpretación. En el ritual se encuentra la explicación de los ciclos de la naturaleza que son amenazados por el momento que se presenta: ¿Cómo asegurar una buena cosecha? ¿Cómo tratar en el resultado de una guerra? ¿Cómo favorecer la llegada de la lluvia? ¿Cómo recuperar la salud? Las respuestas a estas preguntas hacen que el ser humano se vea en la necesidad permanente de solicitar que su vida siga siendo la que ha llevado o de esperar que pueda retornar a ella después de que se presentó algo importante o trascendental en su vida. No es de extrañar entonces que el médico o médica de la época representara un papel importante en estos rituales.

Conclusiones

No puede entenderse el sacrificio humano sin tener el entorno completo del ritual en el que se desarrollaba; era un mundo extraño, pero con determinado realismo y lógica. El médico o médica en su calidad de sacerdote, cirujano o partero formó parte importante de estos rituales y de estos sacrificios.

Financiación

No existió financiación para la realización de este proyecto.

Conflicto de intereses

Los autores declaran que no existe conflicto de intereses.

Referencias

1. Dehouve D. Ritos sangrientos. México DF: Letras libres. 2010.p.24-29.
2. González-Torres Y. El sacrificio humano entre los mexicas. México DF: Fondo de Cultura Económico 1985.
3. López-Austin A, López-Luján L. El sacrificio humano entre los mexicas. *Arqueología Mexicana*. 1995;15:24-33.
4. Olivier G. Las tres muertes del nuevo tlatoani: una nueva interpretación de los ritos de entronización mexicana. En: Olivier G, ed). *Símbolos de poder en Mesoamérica*. México: Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. 2008; p. 263-291.
5. Olivier G. Sacrificio humano, mito y poder entre los mexicas. México DF: Letras libres; 2010. p. 30-6.
6. Díaz del Castillo B. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. México: Editorial Porrúa SA; 1998. p. 10-316.
7. León Portilla M. Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses. México: Editorial UNAM; 1992. p. 53-5.
8. Rico-Méndez F. El ritual en el sacrificio humano entre los aztecas. *Neumología y Cirugía de Tórax*. 1996;55:124-31.
9. Clavijero FJ. Historia antigua de México. En: Colección Sepan Cuantos, n.º 29. México DF: Editorial Porrúa SA; 1979.
10. Durán Fray D. Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra Firme. En: Garibay AM, ed. Colección Biblioteca Porrúa, 2 vols. N.ºs 36 y 37. México: Editorial Porrúa SA; 1967.
11. León-Portilla M. Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares. México DF: Fondo de Cultura Económica; 1985.
12. León-Portilla M. La religión de los mexicas. En: Historia de México. México: Ed. Salvat Mexicana de Ediciones; 1978.p.805-838.
13. De Benavente Motolinía Fray T. Historia de los indios de la Nueva España. En: O'Gorman E, ed. Colección Sepan Cuantos, n.º 129. México DF: Editorial Porrúa SA; 1979.
14. De Sahagún Fray B. Historia general de las cosas de Nueva España. [edición preparada por Ángel María Garibay]. En: Colección Sepan Cuantos, n.º 300. México DF: Editorial Porrúa SA; 1975.
15. Brumfiel E, Feinman G, editores. *The Aztec world*. Nueva York: Abrams Harry N. Inc. The Field Museum; 2008. p. 137-52.